

400

Desde hace un tiempo, esas pastillas te calman a cambio de recuerdos.

Papá ya no está para ayudarte.

En una casa donde vivimos solas, si se te pierde algo, yo soy la ladrona.

Empezaba simple: aretes, chicles y monedas.

Ayer fueron 400.

Rebuscaste tres, seis, nueve veces.

Incluso llamaste a papá, y volvió para apoyarte.

Con un castigo por billete, 400 soles fueron necesarios para estar juntos, los tres, de nuevo.

Arroz a la cubana

Te escapabas del trabajo en la noche, como si recuperarme dependiera de ello. El clima era un castigo, con la camisa empapada; y el pantalón, siempre ese Bronco, con las manchas de todo jalador de Gamarra.

A las 6:40 me llamabas. No era una pregunta, era una orden desesperada:

“Anda haciendo arroz”
 Prendía la tele y lo lavaba, pensando si, al llegar, traerías una mano de plátanos en la derecha y medio kilo de huevos en la izquierda.

Diez minutos, decías, mientras te quedabas en bóxer frente a la cocina, como si el sonido de la fritura pudiera tapar los gritos de la mañana.

Y aún te veo ahí, aunque ya no jadees por el clima, aunque ya no suene el teléfono, aunque ya no huelas a La Victoria.

Porque, papá, el arroz a la cubana es la única comida en la que no te tuve miedo.

